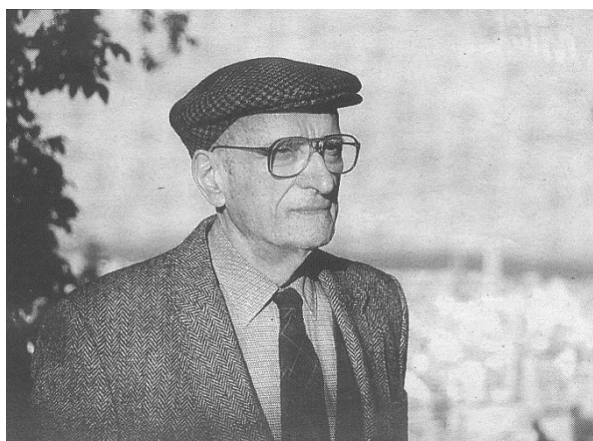


Que los tengas muy felices

Antonio Pereira

Vemos celebrar con énfasis los cumpleaños de los grandes de la música, cuando el evento se numera con cifra redonda. Con la anticipación necesaria en el entramado de ese arte, los organizadores le encargan al homenajeado una sinfonía, pongo por ejemplo, o la dirección de un gran concierto, y de este modo los cincuenta o los sesenta o los ochenta del artista se convierten en hitos que premian el camino recorrido y animan a seguir adelante. Algo así va viéndose en algunos casos -pocos- con los escritores, y yo quisiera que un agasajo no le faltase a Ramón, aunque sea en la escasa cuantía de estas líneas impresas.



Hace «unos años», el día de Nochebuena de 1912 -echen ustedes sus cuentas-, en la casa más bonita de la Pedrera de Villafranca del Bierzo nos nació quien iba a ser uno de los grandes literatos españoles del siglo. Y venido al mundo en fecha tan señalada, ahí sigue Ramón, que podría exhibirse orgulloso de la estela que ha trazado con su vida limpia, si no lo impidiera su modestia natural y un apartamiento deliberado. Podemos verlo -a poco que seamos capaces de imaginar- remontando con decoro el

empinamiento de su recogida calle barcelonesa, que no en vano calzó el escritor botas de siete leguas por la áspera Cabrera y las Castillas y Extremadura. Va al quiosco. Compra el periódico; y el riguroso prosista castellano saluda y charla, si es preciso, en un solidario y limpio catalán. (Si cuadrara, sabría hacerlo también en latín). Ramón lee. Ramón -probablemente- escribe. Ramón tiene que soportar a los amigos que con egoísmo le apretamos, le exigimos, como si no nos hubiera dado ya decenas de libros y conferencias y lecciones que justifican una vida larga. Y que seguirá alargándose, si valen -¡y claro que valen!- los augurios de las todas las personas que lo queremos.

Gracias, paisano del alma. Que los tengas muy felices, don Ramón Carnicer.